

*EL SIGNIFICADO DE LAS PRENDAS DE VESTIR PARA  
EL CAMPESINO*

**Luis Iberico Mas**



En el contexto del pensamiento mágico, la existencia humana se vive en integridad cósmica, como una totalidad en que cada una de las partes refleja el todo y el todo se realiza íntegramente en sus partes. El hombre vive no solamente su propia existencia sino la existencia en general. La naturaleza en su más amplia acepción es parte de la vida humana, de tal manera que en el hombre se animan vitalmente los ríos, los montes, las plantas, los animales y los otros hombres vivos o muertos, porque también éstos son parte de la contingencia existencial. Dentro del proceso cognoscitivo no se produce una ruptura entre el ser y la naturaleza, ambas forman una totalidad participativa.

La magia como recurso gnoseológico no produce ontológicamente una desintegración contrapuesta entre el sujeto y el objeto, sino que simplemente los cohesiona en una unidad existencial: se vive con los demás miembros del agregado social al mismo tiempo que con las ánimas, las fuerzas ocultas, los seres invisibles (dioses, tragos, espíritus de la naturaleza) y con la naturaleza misma.

A este modo de comprender el fenómeno humano hace referencia la Tabla Esmeraldina cuando sostiene que: "Es verdad, sin mentira, cierto y muy verdadero, lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo, para cumplir el milagro de la unidad. Así, todas las cosas han sido y han venido de una, así todas las cosas han nacido de esa única, por adaptación.

Precisando el fundamento teórico que guía el pensamiento mágico, no es difícil entender muchos de los comportamientos y actitudes asumidas por las gruesas capas poblacionales que dimensionan su existencia dentro del campo de la magia y que nos permitirán un punto de vista en torno al significado del vestido dentro del campesino cajamarquino, que probablemente debe ser general a todo el sector rural y aún "popular" de la sociedad peruana.

El vestido, para el campesino, no solamente es la tela que permite defenderse del frío o guardar el decoro, sino que es parte consubstancial del cuerpo. El vestido, de conformidad con la ley contaminante de la magia, precisada por James Frazer, adquiere las propiedades del cuerpo y, viceversa, el cuerpo por la contigüedad, adquiere las propiedades de la ropa, conformando una unidad indesligable, como lo son también las uñas, los pelos y cuanto del cuerpo se desprende o se separe. De tal suerte, y siguiendo los preceptos de la magia contaminante, si se actúa sobre una de las partes se puede obtener resultados en la otra, aun cuando las partes se hayan separado.

Esta manera de entender al mundo explica el porqué, por ejemplo, el campesino recoge diligentemente los cabellos que se le desprenden en el acto de peinarse para luego quemarlos; o, formando pequeños ovillos, guardarlos entre las cañas de techo de la casa y también nos explicarán la razón por la que un campesino jamás abandona el sombrero, tanto de día como de noche, haya sol o sombra.

También nos permitirá comprender la razón por la cual cuando los campesinos se enredan en feroces y campales batallas, en que se usan palos, piedras, ruelas y cuanto arma casera hay, alcanzando ribetes sangrientos y bárbaros, de pronto ésta termina cuando a uno de los contrincantes se le quita el sombrero o un pedazo de la prenda de vestir que lleva. Entonces se observa que el damnificado queda sobrecogido de espanto y el vencedor proclama en alto su victoria y blande al aire el objeto de su triunfo.

Al espectador que no participa de ese submundo cultural, produce extrañeza que tanto ardor y bravura desplegados en el combate decrezcan tan súbitamente; pero si ya conocemos los conductos del pensamiento que gobiernan la mentalidad folk, nos parecerán muy lógicas las reacciones producidas. La prenda o parte de ella arrebatadas, han otorgado gran poder al vencedor, puesto que sabe que cualquier acto que realice sobre ellas repercutirán inexorablemente sobre su dueño y éste, por supuesto, quedará indefenso ante la venganza que su enemigo pueda asumir sobre él, mucho más indefenso porque sabe que contra los actos mágicos ejecutados por personas poderosas como el hechicero, muy poco será lo que pueda hacer para defenderse. Se siente inerme, abandonado al odio de sus contrarios.

El vencedor, si es que efectivamente la enemistad es muy grande o hay envidia o "recelo" de por medio, está en condiciones de llevar la prenda a un maestro brujo, en realidad un hechicero, para que con la ropa obtenida confeccione el muñeco a imagen y semejanza de su dueño y luego proceda a clavarle espinas, preferentemente de *caracashua* por ser más hinconosas, en las partes que correspondan a los órganos más importantes como el corazón,

los riñones, el hígado, la cabeza. Y esta posibilidad también la sabe la víctima quien, sabiéndose indefenso, sentirá miedo, pavor extremados, lo que a su vez le producirá alteraciones orgánicas, con fuerte secreción de sustancias orgánicas o alteraciones profundas en su sistema nervioso, las mismas que incluso pueden acarrearle la muerte, la que se tomará como resultado de la "brujería" y no del trastorno orgánico.

Indiscutiblemente estamos en presencia de un fenómeno fundamentalmente psíquico, habiéndose propuesto a la llamada energía psicotrónica como la causa que explicaría los resultados nefandos de la hechicería. Lo cierto es que el campesino, en esos trances, tratará de que se le devuelvan sus prendas arrebatadas y para lograrlo puede, en no pocos casos rogar, implorar y verificar otros actos reñidos con su dignidad.

Si todo este desencadenamiento trágico que crispa y tensa al ser, se conoce por la herencia social que recibe, nada tiene, pues, de extraordinario ni misterioso que se observe ciertas actitudes y comportamientos en torno a las prendas de vestir, las mismas que por el modo de ser integrativo de la magia, se convierten en partes mismas del cuerpo humano, en el cual cada una de sus partes contiene y refleja el todo al cual están incorporados y que a su vez el todo se halle expuesto a la acción ineluctable del magismo practicado en una de sus partes.

Hay otro aspecto peculiar relacionado al rol y al significado que tienen para el campesino sus prendas de vestir, significación última que probablemente no sea conocida racionalmente por sus agentes, pues cuando se les requiere para que expliquen las razones que orientan su comportamiento, proporcionan argumentos que no tienen la menor lógica. Se trata del siguiente aspecto:

En Cajamarca, de una manera general —aceptando excepciones— se observa en forma cotidiana a los hombres utilizando los llanques u ojotas, confeccionados con llantas de automóviles y ya muy raramente con cuero de res, mientras que las mujeres casi nunca llevan dicha prenda, no obstante el servicio invaluable que prestan como medio para defenderse de los abruptos y pedregosos caminos que diariamente recorren. Racionalmente nada justifica este uso discriminatorio del llanque, ya que tanto la mujer como el hombre se hallan expuestos a los mismos peligros y dificultades relacionadas con la locomoción.

Se puede buscar una explicación en el simbolismo estatutario, si consideramos que el uso del llanque guarda relación con la estructuración de los estratos sociales y que contribuye a afirmar los signos visibles del distinto

rango social que ocupan los hombres y las mujeres y que, la ojota, por la mayor comodidad que proporciona, destaca el papel superior del macho, el que debe gozar de mayores holguras y beneficios que la mujer, la misma que debe cargar resignadamente con los sufrimientos. Este aspecto, por ejemplo, lo podemos ver cuando la pareja se transporta a localidades distintas a la suya; si disponen de un caballo este es utilizado por el hombre, generalmente embriagado cuando se trata del retorno, mientras que la mujer cargando su *quipe* (atado que se hace con una bayeta y en el que se colocan las cosas que se han comprado u objetos como cántaros, mates, botellas en los que se guardan los productos llevados al mercado) y sobre el *quipe* al pequeño hijo al que cada cierto tiempo hay que dar de mamar sin dejar de caminar (posibilidad permitida por los senos flácidos de la campesina). Ella va caminando a retaguardia del acaballado, expuesto por su avanzado estado etílico, a ser desmontado, ocasión en que la mujer acude solícita a prestarle ayuda, exponiéndose incluso a los malos tratos que le puede inferir el malagradecido borracho, sabedor del privilegio que le concede su sexo y el amor resignado que debe dispensarle su compañera.

Bien puede ser esta la explicación del hecho que estamos dando cuenta. En las múltiples ocasiones que hemos preguntado a sus protagonistas, la respuesta uniforme es que el uso diferenciado de los llanques se debía exclusivamente a la costumbre y que a ellos así les habían enseñado a vestirse.

Si efectivamente el llanque cumpliera una función estatutaria, naturalmente su uso sería absolutamente exclusivo, tal el caso del poncho para los hombres y el chale o la cinta negra en el sombrero para las mujeres. Nunca se ha visto a una mujer usar poncho no obstante lo funcional y práctico de esta prenda. Lo que no es el caso de la ojota en que algunas mujeres, si bien raramente, la usan.

Busquemos otra explicación: En una sociedad de fuerte contenido patriarcalista, es natural que sea el hombre quien goce de mayores privilegios y prerrogativas y sea, además, el más importante miembro del grupo, el que lo representa y personifica. Por esta situación se encuentra más expuesto a ser objeto de las malas artes de la hechicería, que no es el caso de la mujer por su insignificante figuración social. El hombre es la cabeza visible, el que detenta el poder y la riqueza y en quien descansa el progreso o la ruina de la familia; y, hacia él —lógicamente— se orientan las acciones perniciosas de sus enemigos, de sus rivales, o sus contrarios.

Es natural, entonces, que el hombre despliegue el mayor celo posible para impedir proporcionar a los otros cualquier medio que pueda ser utilizado en contra suya, a partir del conocimiento que se tiene —aun cuando sea

subliminalmente— de que todo lo que mantiene contacto entre sí se contamina mutuamente en sus propiedades. Y así, estamos nuevamente en los predios de la magia simpática en su modalidad contaminante. El pie desnudo al posarse sobre la tierra impregna a ésta con sus propiedades personales; entonces cualquier persona puede recoger el rastro dejado y estar en condiciones de practicar actos malignos sobre el “rastros”.

Cualquiera que tenga interés recoge el rastro, o sea la porción de tierra que estuvo en contacto con el pie, luego lo lleva al hechicero, quien por orden de su cliente prepara el muñeco (lo más parecido posible a la víctima) y lo rellena con el rastro y a continuación procede a incrustarles las espinas en los lugares escogidos para hacer el daño, en medio de una parafernalia especial que se despliega utilizando la mesa negra, tendida a base de las piedras malas aconsejadas por la goética.

En esta práctica, descrita en el párrafo anterior, se puede apreciar la concurrencia de las dos modalidades de la magia simpática, o sea la contaminante y la homeopática. La primera se evidencia por la utilización de la tierra que se contaminó por la pisada y la segunda por el empeño en dar al muñeco la mayor semejanza posible con la presunta víctima. Quisiéramos aclarar que un hechicero reputado como “buenazo” puede aún hacer daño recogiendo el rastro que se ha dejado utilizando el llanque, pero estos son casos excepcionales y en todo caso menos peligrosos que si el rastro se recoge directamente de la pisada con el pie desnudo.

De acuerdo a estos parámetros por donde discurre el pensamiento mágico, el uso del llanque evita que el pie se mantenga en contacto con el suelo dejando huellas que, de caer en manos de los enemigos, puede acarrear funestas consecuencias. Entonces, el uso de esta prenda de vestir no se impuso originariamente por una razón utilitaria, ya que desde este punto de vista su uso sería común para sujetos de ambos sexos, expuestos a las mismas penurias y dificultades provenientes de las inclemencias del tiempo o de la naturaleza.

El llanque como prenda de vestir debería cumplir la misma función del zapato; es decir, común para ambos sexos, si bien con diferentes formas o estilos, pero esto no sucede con el llanque, que queda como prenda casi exclusiva del hombre, ya que de lo que se trata es de protegerse del peligro siempre presente en que el varón se encuentra respecto del hechizo, potenciado por los enemigos, evidentes o supuestos, peligro que no alcanza a la mujer por su insignificancia dentro de la sociedad campesina.

A partir de la función de seguridad personal que cumple el llanque

y debido precisamente a su uso casi exclusivo por parte del varón, es que con el tiempo la ojota se convierte en un símbolo del machismo, en una prenda que apunta la diferenciación de la sociedad campesina. Por supuesto que nosotros no afirmamos que haya sido el criterio mágico el que incorporó al llanque como prenda de vestir, pues es indiscutible que fueron las exigencias de la naturaleza las que indujeron a su invención, sufriendo posteriormente una modificación en su uso, impuesta ya por la ideología vigente en esas sociedades primitivas, para luego concluir realizando una función muy lejana de la impuesta por la necesidad biológica, en donde tenemos que encontrar su origen.